



NUNCIATURA APOSTOLICA  
EN EL PERU

## UNIVERSIDAD “SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO” CHICLAYO

### “LECTIO MAGISTRALIS” EN EL 25º ANIVERSARIO DE LA PRIMERA VISITA DEL PAPA JUAN PABLO II AL PERÚ

23 de abril de 2010

Con ocasión de las celebraciones por el 25º aniversario de su Pontificado, Su Santidad Juan Pablo II compartió, en la homilía del 16 de octubre de 2003, su vivencia de haber experimentado de un modo particular en ese tiempo la divina misericordia. Y refirió que en el Cónclave en el que fue elegido, el 16 de octubre de 1978, Cristo le había dicho también a él como en otro tiempo le dijo a Pedro en el lago de Genesaret: “Apacienta mis ovejas” (Jn 21, 16).

Desde el inicio de su Pontificado los pensamientos, las oraciones y las acciones de Juan Pablo II estuvieron animadas por un único deseo: dar testimonio que Cristo, el Buen Pastor, está presente en la obra de la Iglesia, que Él está en continua búsqueda de cada oveja que se pierde para reconducirla al redil, curar sus heridas, fortalecer a las débiles y enfermas y proteger a las fuertes. Este es el motivo por el que desde el primer día, después de su elección, no cesó de exhortar: “**¡No tengáis miedo! Abrid de par en par las puertas a Cristo, a su poder salvador. Cristo sana lo que hay dentro del hombre**”.

Hace 25 años, el 1º de febrero de 1985, el venerado y amado Papa visitó por primera vez nuestro País. La mejor forma de revivir tan magno acontecimiento es la oración y la acción de gracias a Dios por habernos dado al Pastor que, en una época llena de confusiones y peligros, supo dirigir con firmeza la barca de Pedro y “confirmar a sus hermanos en la fe” (Lc 22, 32).

Algún tiempo atrás se decía: “Para ver al Papa es necesario viajar a Roma”. Aquella vez los peruanos dijeron: “Para ver al Papa vayamos a encontrarlo en las calles y avenidas, en las plazas y en los estadios, en la costa, en la sierra y en la selva del Perú”.

De Juan Pablo II hemos tenido una experiencia densa y riquísima que nos deja una intuición fundamental. Me parece que cuando nos proponemos decir cuál es el legado, la herencia o el patrimonio que nos dejó en su inolvidable visita, primero es preciso identificar el “núcleo” fundamental, el “patrimonio” espiritual medular, el “sentido” implícito de un pontificado tan fecundo, que nos dé cuenta en una idea sintética e integradora del conjunto de su vida y de su ministerio petrino.

Teniendo en cuenta esto, me parece que el legado del pontificado de Juan Pablo II puede señalarse con una simple y fecunda palabra: PROXIMIDAD. Juan Pablo II ha sido el Papa de la proximidad de Dios y de la Iglesia a los hombres y mujeres de todo el mundo.

El legado, en efecto, está precedido de una actitud fundamental de proximidad que todos sentimos cuando nos referimos a ese Papa. Esa actitud lo llevó por todos los rincones del mundo, a todos los pueblos, a todas las culturas, a todos los sectores, grupos, estratos y situaciones humanas, incluso las más duras y complejas. Con ello el Papa quiso, antes que nada, ser una síntesis de la actitud eclesial de magisterio que propugnó el Beato Juan XXIII y de la actitud

evangelizadora de Pablo VI, pero realizada a través de la proximidad a todas las realidades humanas de nuestro planeta.

En efecto, la huella dejada en cada pueblo ha sido inmensa. Con la visita del Papa, los pueblos entraban en fiesta, en esperanza, en renovación; les llegaba la palabra de aliento a las gentes, se creaban las condiciones para la justicia, se sentía la cercanía de Dios, la imagen viva de Jesús se renovaba en forma concreta y hasta las situaciones, las personas, e incluso los gobiernos más duros se disolvían a su paso. Nadie pudo permanecer indiferente ante su presencia, porque todos sentían su presencia próxima y viva.

Sólo se advierte soledad después de haber tenido muy próximo a alguien. El mundo entero experimentó soledad a la muerte del Santo Padre. Su persona había traslucido, para los tiempos postmodernos llenos de abandono y desazón, el mensaje de Jesús: *"El Reino de Dios está próximo"*, poniendo a Dios al alcance de la mano de todos. La humanidad, por ello, agradece a Dios el regalo de ese Papa, el cual ha reflejado en su propio ser la imagen de Jesucristo vivo en la historia.

Siempre quedaremos cortos al querer expresar en pocas palabras lo que el pontificado de Juan Pablo II significó para la Iglesia y para el mundo. Dios quiso que su período fuera uno de los más largos de la bimilenaria historia de la Iglesia, el tercero después del de San Pedro. Así, pudo realizar su sueño de acompañar a la Iglesia en el paso del segundo al tercer milenio cristiano. En ese cambio de siglo se nos concedió celebrar, con el Papa y bajo su impulso, el Gran Jubileo de la Encarnación de Jesucristo, el Hijo de Dios, en el año 2000. El Santo Padre, con sus enseñanzas y con su ejemplo, nos ayudó a poner con fe, esperanza y amor nuestras vidas en Jesucristo Redentor del hombre, en el Padre de las misericordias y en el Espíritu Santo vivificador, Dios único y verdadero.

En los 27 años como Vicario de Cristo llevó el Evangelio del Amor de Dios más allá de cualquier confín geográfico, dirigiéndose tanto a los jóvenes como a los ancianos, a los ricos como a los pobres, a gente poderosa y a gente humilde, demostrando siempre un particular amor por los débiles y los enfermos y llevando a todos el resplandor de la verdad y del amor de Dios.

Ante la dificultad de abarcar en corto tiempo el arco entero de su Pontificado y a fin de revivir su misionera peregrinación peruana, quiero referirme a algunas facetas prioritarias a las cuales dirigió siempre su atención:

**1° el mundo de los jóvenes**

**2° el problema de la justicia y de la paz**

**3° el mundo del trabajo**

**4° la evangelización de la cultura**

**5° el problema de las vocaciones sacerdotales.**

### **El mundo de los jóvenes:**

Juan Pablo II ha pasado a la historia como “EL AMIGO DE LOS JOVENES”. Su opción preferencial por la juventud tuvo a lo largo de su pontificado manifestaciones muy expresivas a las que los jóvenes y las jóvenes respondieron con gran generosidad. La más significativa ha sido tal vez la institución de la “JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD”. La primera se celebró el Domingo de Ramos de 1986 en todas las Iglesias locales del mundo, donde los jóvenes se reunieron en las catedrales y parroquias para celebrar a Cristo Redentor. Desde entonces en las celebraciones internacionales los jóvenes han sentido la urgencia de una mayor comunión, de una auténtica solidaridad universal y, con un hondo sentido de comunión eclesial, han acudido para ver y escuchar al sucesor de Pedro, principio de unidad de la Iglesia.

En el discurso a los jóvenes en el Hipódromo de Monterrico en Lima el 2 de febrero de 1985, subrayó que el Código de las Bienaventuranzas es una proclamación para construir la civilización del amor. La juventud está siempre en actitud de búsqueda, en marcha hacia las cumbres, hacia los ideales nobles, tratando de encontrar respuesta a los interrogantes que continuamente plantean la existencia humana y la vida espiritual. Pues bien, dijo el Papa en su discurso: *¿Hay acaso ideal más alto que el que propone Jesucristo? Las palabras que Jesús pronunció hace dos mil años en el Sermón de la montaña son siempre de vital actualidad. Iluminando la historia las Bienaventuranzas han llegado hasta nosotros. La Iglesia las ha repetido siempre y lo hace también ahora, dirigiéndolas sobre todo a los jóvenes de corazón generoso y abiertos al bien. Escuchad.*

En aquella ocasión el Papa dejó una tarea que después de 25 años sería muy interesante y fructífero examinar ¿cómo la hemos cumplido?:

*Construid un Perú más fraterno y reconciliado.*

*Construid un Perú mucho más justo.*

*Construid un Perú sin violencia, siempre anticristiana.*

*Construid un Perú donde reine la honestidad, la verdad, la paz.*

*Construid un Perú más humano, donde el misterio de cada hombre se viva a la luz del misterio de Dios.*

*Especialmente construid un Perú donde resuenen las palabras del Apóstol: “Os saludo, jóvenes, porque sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al Maligno” (1 Jn 2, 14-15). Vuestra victoria no será la de las armas sino la del espíritu de las Bienaventuranzas hechas vida propia y proclamadas al mundo.*

Más tarde, en la clausura del V Congreso Eucarístico Mariano de los Países Bolivarianos de 1988, quiso reservar un momento para encontrarse nuevamente con los jóvenes en Lima. Después de llamarlos “esperanza de la Iglesia”,

“alborada del mañana”, los invitó a ser “constructores de un mundo mejor”. Y con la claridad que caracterizó sus encuentros con los jóvenes de todo el mundo, al analizar nuestra sociedad y ante el panorama desalentador y de desesperanza, dijo: *“¡Jóvenes peruanos, Cristo, su mensaje de amor, es la respuesta a los males de nuestro tiempo!... Porque Él es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6). En Él están las respuestas a las interrogantes más profundas y angustiosas de todo hombre y de la historia misma”*.

### **El problema de la justicia y de la paz:**

Con referencia al problema de la justicia y de la paz, la primera encíclica de su Pontificado, “Redemptor hominis”, del 4 de marzo de 1979, dejó en claro que el único camino para asegurar la paz entre los pueblos se reduce al respeto de los derechos inviolables del hombre, mientras que la guerra nace de las violaciones de esos derechos.

Al decir “defender la paz sin haber experimentado la guerra es defender un altísimo valor humano y cristiano, pero defenderla después de haber vivido el horror de un enfrentamiento bélico es diferente”, manifestó el valioso argumento de la propia experiencia.

Juan Pablo II padeció en carne propia la crudeza de la Segunda Guerra Mundial. Por este motivo la profundidad de sus argumentos hacía de él la voz que encarna la conciencia y el deber de la gente, de los pueblos, de la humanidad que cree en la posibilidad del perdón y de la paz.

Continuando y desarrollando la obra de sus predecesores, sintió como uno de sus deberes de Pastor contribuir a la paz en el mundo, preparando la derrota del comunismo en Europa con el advenimiento de una nueva era de libertad y de paz interior de muchas naciones, hasta entonces postradas por el yugo de implacables dictaduras. La caída del Muro de Berlín fue el

símbolo del derrumbe de un muro espiritual, más grande que el muro material.

No podemos olvidar que fue en Ayacucho donde su enérgico discurso marcó la diferencia y justificó su presencia en el epicentro de la guerra civil que ensangrentaba entonces al Perú. El Santo Padre y su delegación no pudieron pasar de los muros del aeropuerto, pero eso bastó para convocar a más de 200 mil fieles, pese a que las estrictas medidas de seguridad impidieron la presencia de otros miles de campesinos llegados de todos los rincones del Departamento. Un grupo de campesinos emocionaron al Papa cuando lo recibieron con un saludo en quechua ayacuchano que decía así: “Mira nuestra pobreza y escucha nuestro llanto”. El Papa respondió con su histórico mensaje:

*“No he querido que faltara una visita del Papa a Ayacucho durante mi viaje apostólico al Perú. En ella deseo acercarme al dolor de los habitantes de esta zona, daros una palabra de aliento y contribuir a la deseada reconciliación de los espíritus. Sé que hay mucho sufrimiento a causa de la espiral de violencia que ha puesto su centro entre vosotros. Ojalá que el dolor que hiere a vuestras familias acabe pronto y que entretanto sepáis afrontarlo con espíritu evangélico. Por tal motivo, me dirijo en primer lugar a vosotros huérfanos y viudas, con quienes he deseado encontrarme y por quienes siento compasión y afecto inmenso. Sí, a todos vosotros, unidos a Cristo desde vuestro calvario, os invito a perdonar a los que os han hecho el mal, “porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34).*

*Me dirijo también a todos aquellos que, por diversos títulos, tienen particulares responsabilidades respecto al futuro de esta querida Nación: Combatid con las armas de la justicia, y con toda eficacia, todo pecado contra el bien común y sus exigencias, dentro del amplio panorama de los derechos y deberes de los ciudadanos.*

*Quiero ahora dirigir mi palabra apremiante a los hombres que han puesto su confianza en la lucha armada, a*

*aquellos que se han dejado engañar por falsas ideologías. A estos quiero decir: ¡el mal nunca es camino hacia el bien! No podéis destruir la vida de vuestros hermanos. La violencia no es un medio de construcción, ofende a Dios y a quien la sufre y la practica. Os pido, pues, en nombre de Dios: ¡Cambiad de camino! ¡Convertíos a la causa de la reconciliación y de la paz! ¡Aún estáis a tiempo! Muchas lágrimas de víctimas inocentes esperan vuestra respuesta”.*

Su Santidad asumió el deber de la Iglesia de ser en el mundo “voz de los sin voz” y fuerza de paz. Podemos hacer memoria de algunos de los títulos de sus Mensajes anuales para la Jornada Mundial de la Paz: “La paz es posible”; “La paz es un deber”; “La paz depende de ti”; “Si quieres la paz, prepara la paz”; “Si quieres la paz, utiliza las armas de la paz”; “Si quieres la paz, respeta la conciencia de todo hombre”.

### **El mundo del trabajo:**

A propósito del mundo del trabajo Juan Pablo II echaba mano, al hablar, de su experiencia como obrero en una fábrica durante la Segunda Guerra Mundial: “Yo también fui obrero...conozco la obligación de la fatiga cotidiana dependiendo de otros; conozco sus pesadez y monotonía; conozco las necesidades de los trabajadores y sus justas exigencias y legítimas aspiraciones”. Al referirse al tema del trabajo, afirmó que es un derecho, pero que es al mismo tiempo un deber, una obligación moral de todo hombre, en cuanto que ha sido llamado por Dios a trabajar y dominar la naturaleza, lo cual debe hacer por amor a su prójimo, en especial por amor a su familia y a la sociedad a la que pertenece.

Con ocasión del 90º aniversario de la Encíclica “Rerum Novarum” del Papa León XIII, escribió en 1981 su Carta-Encíclica relativa al tema del trabajo humano: “Laborem Exercens”. Al cumplirse el 20º aniversario de la Encíclica “Populorum Progressio” del Papa Pablo VI, escribe la

Encíclica “Sollicitudo rei socialis” en 1987, afirmando una vez más la continuidad de la Doctrina Social de la Iglesia junto con su constante renovación. Y en 1991, al celebrarse el 100º aniversario de la “Rerum Novarum”, nos ofrece otra Encíclica, “Centesimus annus”, proponiendo una relectura de la Encíclica leoniana en orden a la solución de la cuestión obrera y tratando de poner en evidencia la fecundidad de los principios expresados por León XIII dentro del marco del análisis de algunos acontecimientos de la historia reciente.

Fue en la ciudad de Trujillo que el Santo Padre nos habló sobre la santificación del trabajo, dirigiéndose a todos los que trabajan a lo largo y ancho del país. Y de una manera especial saludó afectuosamente al importante sector de los pescadores del Perú a quienes les dijo: *“Como Sucesor de Pedro, el pescador de Galilea y Patrón de los pescadores, me siento particularmente cercano a vosotros y a vuestras familias. Sabed encontrar a Dios en el mar y dirigíos a Él durante toda la vida. Vosotros estáis más cercanos a Él porque la mayor parte de los Apóstoles fueron pescadores”*.

Señaló luego que en la concepción cristiana de la sociedad figura siempre como principio fundamental la afirmación de la dignidad inviolable de la persona y, por consiguiente, de la dignidad de todo trabajador. A esta dignidad personal corresponde una serie de derechos fundamentales. El primero de todos es el derecho a tener un trabajo; un trabajo para vivir, para realizarse como hombres, para dar el pan a su familia; un trabajo que enriquezca a la sociedad; un trabajo que debe desarrollarse con las condiciones dignas de una persona, es decir, que no dañe ni a la salud física ni a la integridad moral de los trabajadores. Por eso el desempleo, e incluso el subempleo, constituye un mal y, muchas veces, una verdadera “calamidad social”.

El trabajador tiene, además, que ser ayudado técnica y culturalmente a prepararse para realizar un trabajo que le satisfaga y al mismo tiempo contribuya al bienestar de la

sociedad. La Iglesia posee en este campo una tradición que debe conservar y perfeccionar. Los cristianos tienen el derecho y la obligación de contribuir a ello, en la medida de sus posibilidades, cumpliendo diligentemente sus relativos deberes.

### **La evangelización de la cultura:**

En 1992 afirmaba Juan Pablo II: *“La cultura es del hombre, para el hombre y por el hombre. Hay que suscitar una nueva cultura de la esperanza y del amor inspirada en la verdad que nos hace libres”*.

Partiendo de la situación universal del hombre de hoy, que reclama con urgencia una nueva “Cultura del amor”, nos viene a la mente las siguientes preguntas: ¿Qué papel juega en concreto la universidad? ¿La Cultura del amor no es un objetivo más pastoral que académico?

A estas preguntas responde también el Santo Padre: *“...desarrollando vuestro saber, haciendo crecer vuestra cultura, profundizando vuestra fe, afirmando vuestras convicciones se preparan para ser testigos fuertes de la verdad y del amor que interpela nuestra época en la que el hombre, que se siente aislado en medio de la multitud solitaria, no sabe ya qué es vivir, amar, sufrir y morir. ¿Qué es el hombre? Hay que responder a esta cuestión, asumir el desafío del materialismo práctico, de la indiferencia religiosa y del escepticismo corrosivo”*.

La Universidad y, de un modo más amplio, la cultura universitaria constituyen una realidad de importancia decisiva. En su ámbito se juegan cuestiones vitales, profundas transformaciones culturales de consecuencias desconcertantes que suscitan nuevos desafíos. La Iglesia no puede dejar de considerarlas en su misión de anunciar el Evangelio.

Por este motivo en el aeropuerto de Piura, el 4 de febrero de 1985, el Santo Padre recalcó: *“Particular importancia reviste también la evangelización de la cultura en vuestro País, para fecundarla con el espíritu del Evangelio en el que ella hunde sus raíces multiseculares. Esforzaos, pues, porque las leyes y las costumbres no vuelvan la espalda al sentido trascendente del hombre, ni a los aspectos morales de la vida. Con la mirada dirigida a los hombres de ciencia y especialmente a los universitarios que se encuentran aquí o en otras partes del País, repito la constatación que hice ante la asamblea de la UNESCO: el vínculo del Evangelio con el hombre es creador de cultura en su mismo fundamento, ya que enseña a amar al hombre en su humanidad y en su dignidad excepcional (cfr. Discurso en la sede de la UNESCO, 2 de junio 1980). Aquí tiene la Iglesia en el Perú un verdadero reto que ha de acoger creativamente en su acción evangelizadora”*.

### **El problema de las vocaciones sacerdotales:**

Otra de las preocupaciones primordiales del Papa Juan Pablo II fue **el problema de las vocaciones al sacerdocio y la formación sacerdotal**. Con su enseñanza, procuró definir al sacerdote en su relación intrínseca con la persona de Cristo y su Misterio, siguiendo las vías trazadas por los Papas que le precedieron y a la luz del Concilio Vaticano II.

En el quincuagésimo aniversario de su sacerdocio, en el libro “Don y Misterio”, expuso las raíces más profundas de su experiencia vocacional afirmando que en ella tuvieron influjos positivos, por medio de los cuales Dios le hizo escuchar su voz: su familia, su trabajo en la fábrica, la parroquia, los padres carmelitas, su confesor y padre espiritual, la veneración a la Madre de Dios, a un santo polaco (Fray Alberto), su experiencia de la guerra, el sacrificio de los padres polacos, entre otros.

*“El sacerdote -según sus palabras- es el hombre de la palabra de Dios, el hombre del sacramento, el hombre del “misterio de la fe”. Por medio de la fe accede a los bienes invisibles que constituyen la herencia de la Redención del mundo llevada a cabo por el Hijo de Dios. Nadie puede considerarse “propietario” de estos bienes. Todos somos sus destinatarios. El sacerdote, sin embargo, tiene la tarea de administrarlos en virtud de lo que Cristo ha establecido” (“Don y Misterio” págs. 90-91).*

No es extraño que sus alocuciones se refirieran continuamente a la relación que existe entre el Sacerdote y la Eucaristía: *“Estamos unidos de manera singular y excepcional a la Eucaristía. Somos, en cierto sentido, “por ella y para ella”. Ningún trabajo que realicemos como sacerdotes es tan importante. La celebración de la Eucaristía es la mejor manera de servir a nuestros hermanos y hermanas en el mundo porque ella es la fuente y el centro del dinamismo de la vida cristiana” (13-IX-87).*

Hay que señalar que en la Encíclica “Redemptoris Missio” de 1990, sobre la Misión de Cristo Redentor, habla constantemente de la relación que existe entre el sacerdote y la misión universal de la Iglesia, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles.

Al día siguiente de haberse dirigido a la juventud, nuevamente en el Hipódromo de Monterrico de Lima, el Papa celebró la Eucaristía en la que ordenó presbíteros a 47 candidatos de diversas diócesis y familias religiosas. Ante la inmensa concentración de familias venidas de todos los rincones de la gran Lima, Juan Pablo II exhorta a los neo sacerdotes a la fidelidad; les recuerda que deben ser *“auténticos maestros de la fe, en la verdad, en la vida espiritual, y no meros dirigentes humanos”*. A las familias les insta a ser fieles a una vocación de santidad, y no les oculta los factores adversos que presenta la realidad contemporánea: el

divorcio, la unión no santificada por el sacramento, el aborto, la contracepción, la esterilización.

Desde el comienzo de su Pontificado, Juan Pablo II escribió, con ocasión del Jueves Santo, una Carta dirigida a los Sacerdotes del mundo entero. La carta de 2005, Año de la Eucaristía, la ofreció cuando estaba enfermo desde el hospital. Allí afirma que *“las palabras de la Institución de la Eucaristía no deben ser para el sacerdote únicamente una fórmula consagratoria, sino también una “fórmula de vida”. Una existencia profundamente “agradecida”, una existencia “entregada”, una existencia “salvada” para salvar, una existencia que “recuerda”, una existencia “consagrada”, una existencia orientada a Cristo, una existencia “eucarística” aprendida de María.*

Quedaría un espacio vacío, y sin mencionar, en este discurso que honra la memoria del Siervo de Dios Juan Pablo II, si no hiciéramos nuestros los sentimientos de honda veneración y amor filial que siempre profesó a la Santísima Virgen María. Estos sentimientos los expresa al final de la Carta a los sacerdotes antes mencionada:

*“Al insistir en estos años, especialmente en las Cartas Apostólicas “Novo Millennio ineunte” y “Rosarium Virginis Mariae”, sobre la contemplación del rostro de Cristo, he señalado a María como la gran maestra. En la encíclica sobre la Eucaristía la he presentado como “Mujer Eucarística”.*

*¿Quién puede hacernos gustar la grandeza del misterio eucarístico mejor que María? Nadie como ella puede enseñarnos con qué fervor se han de celebrar los santos Misterios y cómo hemos de estar en compañía de su Hijo escondido bajo las especies eucarísticas. Así pues, la imploro por todos vosotros, confiándole especialmente a los más ancianos, a los enfermos y a cuantos se encuentran en dificultad. Me complace hacerme eco para todos vosotros de aquellas palabras dulces y confortantes de Jesús: “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19, 27).*

Finalmente, la presencia del Papa propició un amplio espacio de reflexión y acción encaminado a hacer del Perú “un país más justo y reconciliado” que todavía no tenemos.

Este quehacer local está en la misma línea de la proximidad que hemos querido presentar. Desde su ánimo orante el Papa, lleno de Dios, nos visitó para que nos reconciliáramos y viviéramos la justicia. Nos corresponde recoger el legado.

Que María Inmaculada, Patrona de la ciudad de Chiclayo, y Santo Toribio de Mogrovejo intercedan por nosotros.

+ Bruno Musarò  
Nuncio Apostólico